



**Mariano José de Larra**

## **Muerte del pobrecito hablador**

Escríbela para el público  
Andrés Niporesas,  
su corresponsal

Habló lo que tenía que hablar y expiró.

¿Qué se hizo el rey don Juan?  
Los infantes de Aragón  
¿qué se hicieron?  
.....  
.....  
Mas como fuese mortal,  
metiolo la muerte luego  
en su fragua:  
¡Oh juicio divinal!

Cuando más ardía el fuego  
echaste agua.

Jorge Manrique

¡Oh fragilidad de las cosas humanas! ¿Será cierto? El fuerte, el terrible cayó. ¡No existe ya el Pobrecito Hablador! Pero ¿qué mucho? Caen y pasan los imperios, ¡y no habrán de caer y pasar los habladores! Los asirios cayeron; los babilonios hicieron lugar a los persas; los persas sucumbieron a los griegos; los griegos se refundieron en los romanos; Roma humilló su altiva frente a las hordas del Norte, y a los bárbaros sus águilas imperantes... Todo pasó: el recuerdo de su soberbia existe sólo para hacer más humillante su caída. ¿Qué le prestó a la colonia de Dido su mala fe? ¿Qué le prestaron sus ciencias a la ciudad de Minerva? ¿Qué a la corte de Zenobia sus altos monumentos? ¿Qué a la capital del mundo su severidad republicana ni sus altos muros? Todo lo destruyó el tiempo. ¿Y no podrá destruir a un hablador?

Entre lágrimas y congojas escribo estos tristes renglones, que acaso la posteridad leerá; pero por si la posteridad no los leyese, porque de la posteridad no se sabe cosa cierta, léanlos a lo menos nuestros coetáneos. Un pañuelo en la mano, apoyada en ésta la mejilla, mis cabellos esparcidos, los ojos anegados en lágrimas, las huellas del dolor sobre mi frente... Heme aquí, discípulo de Apeles; pinta mi desesperación si alcanzan tus pinceles a pintar el mayor dolor que un mortal y que un Andrés han alcanzado jamás a padecer.

Tregua, por fin, a los sollozos: corra mi pluma sobre el papel; selle con caracteres de tinta y consigne en la eternidad tan funesto acontecimiento.

No ha dos horas aún esperaba el correo... La alegría brillaba en mis ojos. -«¡Noticias de las Batuecas! -exclamaba. ¡Cuánto se engaña el hombre! Llega un propio acelerado; mi mano trémula se resiste a romper el negro lema... y... ¡qué horror! El Bachiller... ¡ha muerto! ¿Alguna alevosa pulmonía? No; no era un soplo de aire quien había de matar a un hablador. ¿Una apoplejía fulminante? ¡Ah! Un pobrecito no muere de apoplejía. ¿Murió de tener razón? ¿Murió de la verdad? ¿Murió de alguna paliza? Pero, ¡ay!, era su estrella dar palos y no recibirlos. ¿Dio con alguno más hablador que él? ¿Murió de algún tragantón de palabras?

No más dudas, en fin: recorro con la vista el pliego funesto, y la siguiente carta del infeliz escribiente del Pobrecito Hablador desenvuelve a mis ojos las horribles circunstancias de tan espantosa catástrofe:

«Señor don Andrés Niporesas. Aunque a riesgo de que usted no me crea, pues sé de muy buena tinta que no cree en cosa nacida ni por nacer, en lo cual hace como aquel que es experimentado y sabe cuánto viven los hombres de mentira, no dudo un momento en participarle la desgracia que en el día y aun en la noche tiene hecha un mar de lágrimas esta su casa y, lo que vale más, gran parte ya de las Batuecas.

»Bien sabe v. m., y lo sabe mejor que nadie, que mi principal, el señor Bachiller, que Dios haya perdonado, dio en hablar por los codos, y valga lo que valga esta frasecilla. No fueron parte, como v. m. sabe, a atarle la lengua, ni los respetos debidos a los necios en todo país poco menos que civilizado, ni las consideraciones que la sinrazón merece más de una vez entre nosotros, ni los gritos de su familia, que los poníamos en el cielo, suplicándole que no se metiese en habladurías, para lo cual le acumulábamos un sin fin de refranes como verbi gracia: al buen callar llaman Sancho; cada uno en su casa, y Dios en la de todos; por la boca muere el pez; y otros tales y tan significativos como éstos. Ya conoce v. m. que a mí, sobre todo, no me faltarían, porque soy de nacimiento castellano y de profesión batueco; pero a todo hacía mi amo orejas de mercader, o respondía de una manera victoriosa: en cuanto al primero, que él no quería ser Sancho; en lo de cada uno en su casa, ni estaba decidido si él la tenía, ni si él era cada uno; en cuanto a lo de Dios por su casa, mucho le amaba en verdad... Y en lo de que el pez muere por la boca, añadía que tanto tenía él de pez, como los batuecos de personas. Así no había entrarle. Ya ve v. m. que un hombre para quien no tenían autoridad los refranes, que tienen la legitimidad de la antigüedad, es hombre desahuciado. Había de hablar y habló.

»Y no fue lo peor que hablase, señor don Andrés, porque al fin si siempre hubiera hablado a cien leguas de sus interlocutores, como en un principio le acontecía, ¡santo y bueno!; que hay cosas que o no se deben decir o se deben decir desde muy lejos... Pero ¡ay de mí!, el señor Bachiller la quiso echar de fanfarrón: supo que en las Batuecas no todos le agradecían los elogios que de ellos hacía y había hecho continuamente, porque cuatro lectores de mala fe le daban tormento a las expresiones y exprimían el limón hasta sacar lo amargo. ¡Vea v. m. qué injusticia! Bien sabe Dios, y lo sé yo también por más señas, que nunca fue la intención del señor Bachiller hablar mal de su país. ¡Jesús! ¡Dios nos libre! Antes queríalo como un padre a su hijo; bien se echa de ver que este cariño no es incompatible con cuatro zurras, más o menos, al cabo del año. Además de ser él persona muy bien intencionada, de una pasta admirable y ajena de toda malicia, tanto que todo lo que decía lo decía de buena fe y como lo sentía. Ni él quisiera ofender a nadie, porque amaba a su prójimo poco menos que a sí mismo, y toda la dificultad solía ponerla en saber cuál era su prójimo, porque ha de saber v. m. que no todos se lo parecían. Fue, pues, el caso, y tenga v. m. paciencia con mis digresiones, porque yo nunca acerté a escribir de otra manera, antes suelo distraerme y salirme del camino como bestia hambrienta para meterme por los sembrados de las laderas y ver si cojo alguna espiga; así llevando viaje para Alcalá suelo salir junto a Zaragoza, y como de esas veces me anochece en Huete y salgo a la mañana por los cerros de Úbeda: digo, pues, fue el caso que supo mi señor las habladurías que de su persona andaban, y cómo se corría en las Batuecas que después de tanto como había hablado y tan malo, no le sería posible dar la vuelta para allá, aunque quisiera, puesto que tendría miedo.

»-¿Miedo? -decía cuando lo supo-. ¡Voto a tal!, que nunca le vi la cara al miedo, y tengo de ir a las Batuecas sólo por ver si comen bachilleres esos señores tragaldabas.

»-¡Ay!, no haga v. m., señor Bachiller, tal disparate -le dijimos a una voz-: mire que aunque tuviera miedo a los tontos, no haría nada de más, porque no hay nada más terrible que un tonto.

»Pero, señor don Andrés Niporesas, dio en pensar en ello, y se pasaba los días de claro en claro, y las noches de turbio en turbio, dando y tomando en lo del viaje, hasta que hubo de efectuarlo. Fuímonos, señor de mi alma, a las Batuecas... Sosiéguese v. m., porque nada le aconteció por entonces que digno de contar sea . . . . .

. . . . .  
. . . . .

»Llegó por fin un viernes, que viernes había de ser él para ser bueno, y fue preciso meter entre sábanas al señor Bachiller, - Q. S. G.

H. Sintiéndose allí morir por momentos, no quiso expirar sin practicar todas aquellas diligencias que a su conciencia debía como buen cristiano, porque ha de saber v. m. que bueno no diré, pero cristiano sí sé que era. Practicadas estas diligencias, para las cuales le dejamos largo rato solo y recogido, llamamos a todos, y luego que nos tuvo en derredor:

“-Hijos míos -dijo con voz bien diversa de la que solía tener cuando hablaba claro, porque es de advertir que a lo último ya apenas se le entendía-: hijos míos, os reúno porque no quiero que se diga de mí que morí sin hacer disposición alguna, ni declarar mi verdadero modo de pensar; que si no fuese el verdadero, porque esto ni yo lo sé, será por lo menos el último; pues os advierto que yo también tuve varios modos de pensar, y tuviera más si más lugar me diera la muerte, que me siento aquí, que me aprieta en la misma garganta. Ni menos quiero que se diga que murió sin decir oste ni moste quien sólo de hablar vivió, que esto fuera mengua.

”En cuanto a bienes, harto sabéis, queridos míos, que nada tengo que dejar sino el mundo en que he vivido, y ese bien sabe Dios que no le dejo yo, sino que me le hacen dejar, mal que me pese. Ni necesito hacer ninguna declaración de pobre, porque bien público y notorio es que he sido poeta, que me dediqué desde chiquito a las letras en este país, que he sido hombre de bien y de honor, que no he sido intrigante ni adulator, ni yo anduve nunca en empréstitos ajenos y ganancias propias, ni tuve mujer bonita, ni hija que lo pareciese, ni tío obispo o padre covachuelo. Así que, ¿por dónde he de ser rico?

”Dejo, pues, lo poco que se halle, si se halla algo, para las misas por mi ánima, porque no las tengo todas conmigo; y si se quejase mi hijo que le dejo por ello sin eso poco que le quedaría, que tenga paciencia, que primero son mis gustos que sus necesidades, y mi alma que su cuerpo.

”Declaro y confieso en la hora de mi muerte, y como si me hallase en ella, que tengo miedo, y que de puro miedo muero; lo cual no me da vergüenza, así como hay otras cosas que tampoco se la dan a otros; antes me da mucha pena y estoy muy arrepentido de no haberlo tenido un poco antes. ¡Cómo ha de ser! Todo no se puede hacer a un tiempo.

”Ítem más: en consideración a que conozco muchas personas, que están buenas y gordas y bien establecidas, que se han retractado de sus opiniones o expresiones, siempre que han creído serles conveniente o venir muy al caso, en consideración a esto, me retracto no sólo de todo lo que he dicho, sino también de lo que me he dejado por decir, que no es poco. Y

esta retractación deberá entenderse reservándome el derecho de volverme a retractar cuánto y como me acomodare, si vivo, y así sucesivamente hasta el fin de los siglos; porque esta es mi voluntad, y en cosas de cada uno nadie tiene que mezclarse; siempre tuve mis opiniones como mis vestidos, y cada día me puse uno, en lo cual batuecos hay que no tienen nada que echarme en cara.

”A propósito de batuecos, declaro que los batuecos no son tales batuecos por más que lo parezcan: me arrepiento de habérselo llamado, siendo ésta una de las primeras cosas de que me retracto, y agradeciéndoles, sin embargo, la bondad con que han llevado esta impertinencia mía.

”Arrepiéntome en la hora de la muerte, y me pesa de lo poquillo que en esta vida he sabido, porque no me ha servido sino de dogal; y hago voto de no volver a saber cosa de provecho si de ésta me saca con bien la Divina Majestad; y si hubiese de resucitar, como ya por su gran poder en ocasiones se ha visto, lo cual, sin embargo, no creo que se guarda para pecadores como yo, prometo de no volver a mirar libro alguno sino por defuera, dando siempre mi voto por la pasta.”

»Aquí fue preciso reforzarle algo, lo que logramos leyéndole algunos rengloncitos de las últimas loas, por ser muy espirituosas. Moríásenos por instantes; pero algo repuesto, siguió:

“En cuanto a mi amigo, que dice lo es, Andrés Niporesas, que no firme en mis disposiciones testamentarias, aunque fuere de ellas testigo, sin embargo de que ya veo que no está presente. Insisto, con todo, en lo dicho, porque he conocido testigos ausentes. Si da cuenta al público de mi fallecimiento, como es de esperar, que no firme tampoco. Y esto lo dispongo así, porque no parezca burla y chacota mi muerte ni mi arrepentimiento, si ve el público malicioso que concluye con lo de Niporesas.

”Mándole que me agradezca esta satisfacción que de mi voluntad le doy, puesto que pudiera excusármela; a muchos conozco yo que cuando mandan no dan nunca satisfacciones, y tengo para mí que no van descaminados.

”Ítem más: digo que hay amigos en el mundo (si bien yo he dicho lo contrario), pues los tengo yo, que es cuanto hay que decir en la materia, y es la prueba de las pruebas.

”Ítem: digo que en la Corte no hay vicios, a pesar de mi segundo número, donde me dio por decir que sí, ¡válgame Dios!, por decírmelo todo.

”Ítem: confieso que el público es ilustrado, imparcial y respetable, y demás zarandajas que de él se cuentan. Y si he dicho lo contrario, preciso es que haya estado loco para desconocer simplezas de tanto bulto. Verdades serán cuando todo el mundo las dice.

”Ítem: declaro que a veces he dicho las cosas como no las quería decir. No importa mucho, porque creo que de cualquiera manera que se digan es como si no se dijeran. Hay cosas que no tienen remedio, y son las más.

”Ítem: afirmo ahora que los versos de circunstancias nunca son malos, si vienen a pelo, por malos que sean, porque cada cosa es relativa a otra cosa, y si no me entendiesen lo que quiero decir en esto, ¡cómo ha de ser! Ahora estoy muy depriosa para detenerme a explicarme más claro.

”Ea, pues, hijos, yo me muero todo: tomad para vos este escarmiento: antes de hablar, mirad lo que vais a decir; ved las consecuencias de las

habladurías. Si apego tenéis a vuestra tranquilidad, olvidad lo que sepáis; pasad por todo, adulad de firme, que ni en eso cabe demasía, ni por ello prendieron nunca a nadie: no se os dé un bledo de cómo vayan o vengan las cosas; amad a todo el mundo con gran cordialidad, o a lo menos fingidlo si no os saliere de corazón, con lo cual pasaréis

por personas de muy buena índole, y no como yo, que muero en olor de malicioso, porque he querido dar a entender que de algunos países nunca puede salir nada bueno. En fin... muero... adiós, hijos..., ¡de miedo!”

»De esta manera habló lo que tenía que hablar, y expiró a poco rato.

Vímosle caer en la almohada, y no se le volvió a oír palabra: sólo sí debió rendir el alma a manos del último accidente del miedo, pues se tapaba la cabeza con la ropa como si viera fantasmas; huía, temblaba, se escondía y se ponía el dedo en la boca, postura en que murió. ¡Oh, inescrutables fines de la Providencia, que castigas sin palo ni piedra!

Apostara yo, señor don Andrés, que no veía en aquel terrible momento sino duros enemigos, censuras amargas, y encarnizados criticadores de su vida y hechos... En fin, expiró, lo cual conocimos en que dejó de hablar.

»El facultativo, sin embargo, dudando si tendría algún resto de vida, se acercó poco a poco a su oído, y le decía a grandes voces:

«¡Señor Bachiller, vuelva en sí y repare qué versos tan malos andan por esos mundos, qué autorcillos tan miserables, y qué traducciones tan malas el público aplaude, y qué de cosas buenas desprecia!... Mire v. m. que tiene aquí media docena de necios; éste es un elegante, aquél un enamorado, el otro un amigo, el de más allá dice que es un sabio, el otro es un militar, y el otro un abogado; todos se tienen por hombres de importancia. ¿No les decís nada?» Entonces, haciendo el último esfuerzo, cogió algunos periódicos españoles; púsose los sobre la cara, y esperó un momento; pero no rebullendo mi amo, el doctor exclamó con la mayor pena, dejando caer la ropa sobre el difunto: “Muerto está; cuando nada dice a todo esto, ni un soplo de vida le queda. En paz descanse.”

»Esta fue la muerte de mi señor Bachiller, que lloraré hasta que llegue el momento de la mía.

»Registráronse sus papeles en cuanto murió; pero hallamos medio quemado un gran legajo que so los contenía; dímonos a entender que habría tratado en sus últimos momentos de juntarlos y dar con ellos en el fuego; acaso las fuerzas le habrían faltado, y así quedaban varios fragmentos enteros que el público conocerá tal vez algún día si aciertan a caer en manos de algún editor escrupuloso que los expurgue de la mucha cizaña que deben necesariamente tener. La imaginación de quemarlos nos hizo caer en la cuenta de que su arrepentimiento habría sido verdadero y válida su retractación.

»Nada diré del entierro, que fue muy común: sólo advertiré que nadie se atrevió a hablar en él, antes todos mirábamos atentamente al féretro por ver si hablaría aun después de muerto.

»Queda con esto, señor don Andrés de mi alma, muy de v. m. el escribiente privado más afligido que nunca tuvo escritor público. Ruego a v. m. que encomiende al señor Bachiller, que tan amigo suyo era, y mande a su criado

EL EX-ESCRIBIENTE DEL BACHILLER.»

Esta fue la carta. ¡Murió el que dijo la verdad, y murió dejándose tanto

por hablar! ¿No tenías, oh, muerte, algún inútil sordo-mudo que sustituir a tan interesante víctima? ¿Quién nos dirá de aquí en adelante que no hay más que sinrazón en la tierra? ¿Quién nos dirá que el que no es tonto en el mundo, es pícaro, y que los más son tontos-pícaros? ¿Quién nos dirá que no hay orgullo nacional, que no hay quien conozca sus deberes y cumpla con ellos, que no hay literatura, que no hay teatros, que no hay autores, que no hay actores, que no hay educación, que no hay instrucción? ¿Quién, en fin, nos dirá tanto como se ha dejado por decir? Juzgue ahora el lector desapasionado si tan horroroso golpe me deja espacio ni humor de hacer más largas reflexiones.

No; mi silencio dirá más que mis amargas quejas.

Yo te consagraré una memoria, mi querido y malogrado Bachiller, siempre que un abuso, siempre que una ridiculez se atraviere delante de mis ojos, siempre que la injusticia me hiera, que me ofenda la maldad, que me desconcierte la intriga y que el vicio me horrorice. Yo, en defecto tuyo, cuya censura podría reprimir en algo a los batuecos, rogaré a Dios y a santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria, que tantos nos anuncian con tan fáciles como inconsideradas promesas.

ANDRÉS NIPORESAS.

El Pobrecito Hablador, n.º 14 y último de marzo de 1833. Firmado: Andrés Niporesas.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)